aislada en que se hallaban, no tenían posibilidad de hacer algo serio contra el gobierno de México. La marcha emprendida hacia el interior los colocó en una posición estratégica de gran cuantía, sin tener que sacrificar ni una sola vida, y precisamente al comenzar la estación malsana, encontraban libre el paso á lugares altos y salubres. Aunque estas ventajas manifiestas estaban modificadas con la condición de volver las cosas al estado que guardaban, en caso de fracasar las negociaciones, debía ser muy crédulo el diplomático que no viera cuán fácilmente se podía evadir esa obligación y hacer que dominara la ley de la fuerza, desde el momento en que así conviniera á los propósitos de los aliados, que hasta entonces no se habían regido por otro principio. Las negociaciones pacíficas, si se hubiera procedido de buena fe, habrían podido seguirse pasando las fuerzas aliadas á bordo de los buques de guerra que tenían en el Golfo; pero tal como colocó el asunto el Sr. Doblado, había lugar á las mayores sospechas, mucho más por la agitación en que entró el partido intervencionista mexicano, acaudillado por D. Leonardo Márquez.

Pareció extraño que nada se dijera en los "Preliminares" acerca de la devolución de la aduana de Veracruz; sí es un hecho que, poco después de firmados, se entablaron negociaciones confidenciales para que le fuera devuelta al gobierno mexicano y para seguirlas prestaba su influencia el conde de Reus; pero todo quedó sin efecto por la desinteligencia entre los aliados. El orgullo de los mexicanos se sintió profundamente herido por la condescendencia del Presidente Juárez, pues se quería que precediera la evacuación del territorio nacional á los Preliminares de la paz, aunque el señor Juárez, más inclinado á la sagacidad que á la bravura y animado del deseo de dar las satisfacciones reclamadas por los aliados, comprendía con toda claridad que no se retirarían los invasores antes de haber procurado un medio serio de conciliación.

Los tratados de la Soledad recibieron elogios, porque erróneamente se creyó que quedaba conjurado el peligro en que México se vió desde que arribaron á Veracruz las potencias aliadas; los gobernadores de los Estados manifestaron su entusiasmo en las comunicaciones oficiales, y el mismo Juárez creyó que los Preliminares eran "*lo mejor que se podría conseguir*," atendiendo á las circunstancias y que ya no habría intervención en los asuntos políticos de México, quedando resueltas las dificultades con un acto igualmente honroso para las altas partes contratantes. Por esto el nombre del Sr. Doblado, se pronunciaba de uno al otro extremo de la República, ya para alabarlo, ya para criticarle el no conocer bien la situación política, las rivalidades entre los aliados y la imprevisión de los gobiernos francés y español.

Nació el Sr. Doblado en el pueblecito de San Pedro Piedragorda; tenía al hacer los tratados, cuarenta y tres años; su fisonomía era una mezcla de gravedad altiva y de risueña timidez; ancha frente, nariz aguileña, ojos azules inquietos y penetrantes, separados por muy corto trecho y en la boca casi siempre la sonrisa; se le atribuía carácter cruel é implacable aunque á veces tenía rasgos de bondad; se le notaba mucho dominio sobre sí, el talento claro y el tacto para tratar

General D. Manuel Doblado.

Pactó con el General Prim los tratados de la Soledad, considerados como un triunfo de la diplomacia mexicana, al conseguir que fuese rota la Convencion de Lóndres.
Murió en Nueva York el 19 de Junio de 1865.

eran cualidades que le atraían las simpatías á la vez que el respeto; tenía fluidez y elegancia en el hablar.

El general Prim al encontrarse con el general Doblado, entró en explicaciones muy francas que éste pudo haber aprovechado.

—¿Qué viene usted á hacer aquí, general? le dijo Doblado. ¡Ah! si venís á imponernos un gobierno, contad con la más tenaz resistencia. Si venís á reclamar justicia para vuestros nacionales, se os dará porque hemos comprendido la falta cometida al suspender el pago de las deudas extranjeras. Queremos tratar si vuestra misión es negociar las indemnizaciones para vuestros conciudadanos, en este caso no habrá dificultad en entendernos y estad seguro de una pronta satisfacción.

—No hay dificultad, contestó Prim; nuestras instrucciones son terminantes, no debemos mezclarnos en el gobierno interior de México, queremos solamente revindicar lo que á nuestros nacionales es debido, y tratar francamente con vosotros; pero, añadió Prim, no podemos permanecer en la posición en que estamos.

—Lo comprendo, replicó Doblado, no podéis permanecer en los campamentos que ocupáis; voy á retroceder y á abandonaros el desfiladero del Chiquihuite, muy difícil de flanquear, voy á entregaros treinta leguas del país; podéis pasar á Córdoba, á Orizaba, allí encontraréis cantones sanos y víveres, porque no impediremos que os sean llevados; queremos, en una palabra, tratar con vosotros equitativa y amigablemente. Solamente os pido dos cosas: la primera, que si no llegamos á entendernos, nos devolváis las posiciones que voluntariamente os hemos abandonado, y la segunda, que para calmar los espíritus exaltados en México, permitáis que la bandera mexicana continúe flotando al lado de la española, la francesa y la inglesa.

Estas condiciones vinieron á formar el fondo y aun la totalidad del tratado de la Soledad, en virtud del cual pasaron los aliados á buenos climas, aunque dejando el camino cubierto de muertos y moribundos por el calor, la fatiga y la falta de recursos, pues nada tenían de lo necesario para las grandes marchas militares. Después de algunos días de haber ocupado á Veracruz se contaban por cientos los enfermos y los muertos en los ejércitos aliados; estaban en ese puerto seis mil españoles, dos mil quinientos franceses y trescientos marinos ingleses, todos bloqueados por tierra y en el seno del hambre y de la peste. En cuanto á que los hospitales quedaran bajo la salvaguardia de la nación mexicana, no había medio de hacer otra cosa, pues no contaban los aliados con trasportes para conducir el gran número de enfermos que tenían diariamente. Y aun disponiendo trasportes hubiera sido inhumano exponer á los enfermos á las molestias del camino, sin tener ni aun con qué cubrirlos.

Poco después, cuando las fuerzas europeas estaban cómodamente instaladas, México les dijo: ahora es necesario negociar, pero se le contestó que no era posible hacerlo hasta que hubiesen llegado de Europa las respuestas de los respectivos gobiernos, y esto no podría ser antes del 15 de Abril, para cuya fecha quedó aplazada toda negociación. Los gobiernos aliados seguían concentrados en sus ideas:

Inglaterra ocuparía solamente dos puertos, España se le adhería viendo perdidas todas sus esperanzas en cuanto á dar un monarca español y Francia seguía sosteniendo que los emigrados mexicanos tenían razón en querer un monarca; en contra de cuyo proyecto propuso D. Nicolás Corpancho, al pasar por los Estados-Unidos, una confederación de las naciones americanas.

El general Prim y Mr. Wyke insistían en su política conciliadora, en oposición á los dos comisarios franceses que deseaban el empleo de medidas enérgicas. La unanimidad de opiniones entre el Marqués de los Castillejos y el representante británico, se refleja en las cartas de éste; en una de ellas decía: "El general Prim es una persona encantadora, con el cual estoy en relaciones íntimas y en perfecto acuerdo en todos los puntos, aunque el almirante La Gravière y Mr. de Saligny difieren en alguno de ellos. El general Prim y yo, hemos convenido en posponer la consideración de todas las reclamaciones privadas para otra ocasión futura."

El general Prim, que sabía como sus colegas, que mientras los comisarios aliados no recibieran de sus gobiernos la resolución de las dificultades suscitadas con motivo de las reclamaciones francesas, no podían presentar al gobierno mexicano sus respectivas demandas, se abstuvo de designar fecha alguna en los Preliminares para la apertura de las negociaciones. Los comisarios convinieron después, en la conferencia 14ª tenida en Veracruz el 26 de Febrero, fijar el 15 de Abril, siendo Mr. de Saligny quien más insistió en esta fecha, según aparece en el protocolo de la conferencia tenida por los aliados en Orizaba el 9 de Abril.

Veíase por los Preliminares, que los comisarios confesaban claramente su opinión de que el gobierno del Sr. Juárez tenía los elementos suficientes para pacificar la República y consolidarse, y que sería impolítico é injusto, rechazar al gobierno prestando auxilio moral ó material al partido que le era contrario; se admitía que el partido reaccionario estaba casi aniquilado, y aseguraba el general Prim que en cerca de dos meses que llevaba de permanecer en México, no había observado muestra alguna de que existiese y que la actitud de Márquez con algunos centenares de sectarios no era la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en la sombra. También se infería que los comisarios, aunque tuvieron grandes esperanzas de que sería fácil establecer aquí una monarquía, se iban desengañando y conociendo su error; el mismo Prim aseguró á su gobierno, en una comunicación de 20 de Febrero, que el número de partidarios del sistema monárquico era insignificante, careciendo los que lo componían de la energía y decisión que á veces dan el triunfo á las minorías.

Las inconsecuencias de los tratados hacían surgir las dudas más graves, respecto á las intenciones de los invasores y hasta se dudó de la buena fe del gobierno mexicano, acusado también porque las guerrillas reaccionarias hostilizaban á los pueblos y cometían crímenes, como el asesinato del porta-pliegos norte-americano que los llevaba para Mr. Corwin. El hecho de tratar con los aliados, contrastaba con los decretos del general Uraga, en los que se castigaba con la pena de muerte á los que entrasen en relaciones con los invasores, y con las órdenes que

prevenían á todos los Estados de la República contribuir á la formación de los cincuenta y dos mil hombres necesarios para la defensa militar de la Nación. La política aparecía desconfiada un día para prestarse al siguiente á arreglos y concesiones; las tropas de España se apoderan violentamente de la principal ciudad mercantil de México, y á los dos meses hacen un tratado en que reconocen y garantizan aquí la paz y la independencia, declarando los aliados en los Preliminares de la Soledad, que México tenía en su seno todos los elementos de fuerza y sentimiento público para sofocar la revolución interior, y satisfechos de esto y de que el gobierno mexicano no necesitaba el auxilio que tan bondadosamente se ofrecía á la Nación, los comisionados convenían en proceder á presentar las reclamaciones que tenían que arreglar en nombre de sus respectivos países, señalando á Orizaba como lugar para abrir las negociaciones, resultado que se habría obtenido sin necesidad de tantos gastos y con la sola presencia, si se quería, de buques de guerra en Veracruz. Si no se hubiesen pactado los convenios de la Soledad, para ganar tiempo por ambas partes, México habría entrado desde luego en abierta lucha con la coalición; el conflicto que surgió al fin, de las divisiones que dejaron reducida la alianza á una sola potencia, habría sido inmediato.

Los jefes de las fuerzas aliadas se pusieron de acuerdo para sostener su resolución de avanzar, tan luego que estuviesen dispuestas las tropas para la marcha; en Veracruz había de quedar un destacamento de 300 hombres, elegidos entre las tripulaciones de las tres escuadras, y San Juan de Ulúa sería ocupado por cincuenta marineros y soldados suministrados alternativamente por cada nación. La marcha al Interior de la República, se consideraba por los aliados como una necesidad para asegurar su influencia política y para retirar las tropas del litoral, que desde el mes de Abril es inhabitable para los extranjeros. Confiaron los comisarios franceses en el fogoso ardor del general Prim y en su intrepidez para impulsar la marcha, y con sorpresa se encontraron que ese general era un negociador prudente, casi tímido, que en vez de amenazar con plazos de veinticuatro horas pide permiso al gobierno de México para subir á Orizaba ó Jalapa á fin de hallar un campamento salubre, petición que los partidarios de la guerra calificaron de insólita, asegurando que comprometía el porvenir de las operaciones y daba falsa idea de la fuerza de las potencias aliadas; considerábase una candidez haber pedido al gobierno de Juárez, que se suicidara haciendo un vago llamamiento al pueblo mexicano para que tuviese á bien cambiar su gobierno y establecer uno nuevo. Lo que se quería en realidad por una y otra parte, era ganar tiempo, esperando el gobierno de México un auxilio pecuniario de los Estados-Unidos. Había tanta vaguedad en tal política, que en Inglaterra la oposición resolvió enviar un agente especial, Mr. Lamprière, para que estudiara aquí mismo la situación.

En Febrero de 1862 la Francia manifestaba, sin disfraz, su resolución de establecer una monarquía en México, quedando ya de directora de la expedición, y de este cambio informó con oportunidad á su gobierno el ministro mexicano en París Sr. La Fuente. Ya el ministro Seward sabía entonces, que el emperador Na-